

RECUERDOS

Bajo la nieve

Por MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO

(Conde de Canilleros)



DESDE dos días antes, Madrid estaba cubierto de nieve. Aquel domingo, 3 de Febrero de 1963, seguía nevando. A las cuatro de la tarde, llegué al edificio de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en la calle de Alcalá. El día antes, a las siete de la tarde, había muerto Eugenio Hermoso Martínez, el gran pintor extremeño, amigo de tantos años. La capilla ardiente estaba en el docto centro del que era Académico de número. Desde allí sería llevado el cadáver a la estación, para conducirlo a enterrar en Fregenal de la Sierra, el pueblo de la provincia de Badajoz en el que había nacido el 26 de Febrero de 1883. Al morir le faltaban veinticuatro días para completar los ochenta años de vida.

En este acto de su entierro, en el que estaban destacadas personalidades y numerosos académicos, nos reunimos solamente cuatro extremeños: los escultores Enrique Pérez Comendador —Académico también— y Gabino Amaya, el poeta Manuel Delgado Fernández y yo.

Ambiente gris, nieve y frío envolvían en su última partida el féretro del pintor nacido en tierras cálidas, que fundió en su paleta las luminosidades del sol, el cielo y el campo extremeños.

Yo no existía cuando Hermoso inició su carrera pictórica. Sus dotes excepcionales despertaron la admiración de sus paisanos, que, por iniciativa de la maestra de primera enseñanza, que organizó una colecta, contribuyeron generosamente, para que a los catorce años pudiera marchar a Sevilla. Allí estuvo estudiando pintura hasta 1902, fecha en la que expuso por primera vez en la ciudad andaluza y ganó el Premio extraordinario de la Duquesa de Denia. Este triunfo dióle alas para volver a Madrid y seguir sus estudios en la Academia de San Fernando.

En 1904, obtuvo tercera medalla en la Exposición Nacional, consagrándose definitivamente cuatro años después, en 1908, al conquistar Primera Medalla con su cuadro «La Juma, la Rifa y sus amigas».

A partir de entonces, su fama fue ascendiendo. Hizo exposiciones en Roma, Buenos Aires, Santiago de Chile y Bruselas, a más de en Madrid, Barcelona y otras ciudades españolas. En 1910 se le concedió la Encomienda de Alfonso XII. Fue profesor de la Escuela Central de Bellas Artes y luego Académico. No obstante, pasaron cuarenta años desde aquella Primera Medalla, hasta la Medalla de Honor, que le fue adjudicada en la Nacional de 1948, en reñida votación con Daniel Vázquez Díaz.

Yo conocí a Hermoso en la plenitud de su fama y ya camino de la vejez, en 1941. Fueron muchos los contactos, en sus exposiciones y en tertulias, durante casi los veintidós años de amistad; pero los momentos que quedaron más grabados en mí son los de la última vez que le ví, en reposada charla en su estudio de la calle Almagro, reunidos solamente él, su hija Rosario y yo. Estaba ya entonces muy achacoso, porque esto ocurría en 1960.

Fuí a verle para que me diera la fotografía de un cuadro suyo, a fin de incluirla en mi libro «*Extremadura, la tierra en la que nacían los dioses*», que yo preparaba entonces por encargo de la editora Espasa-Calpe. El viejo pintor estaba junto a una estufa, arropado con una manta. Fue aquella una charla sosegada, larga, en la que Hermoso me habló de casi todos sus cuadros.

—No conservo muchos cuadros —dijo—, porque la mayor parte los he vendido. En mi estudio de Fregenal tengo algunos, especialmente curiosos, como el retrato del Rey Don Alfonso XIII, que pinté para aquel Ayuntamiento por 1909. Cuando vino la República lo retiraron del salón de sesiones. Para salvarlo, pues supuse que terminaría destrozado en los desvanes, me lo llevé a casa. Es un retrato doblemente juvenil, porque jóvenes éramos cuando lo pinté el Rey y yo. Lo estimo por la persona retratada, por ser una muestra lejana de mi arte y por darse el caso curioso de que, siendo un encargo cobrado por mí, lo sigo teniendo en mi poder.

Elegimos para mi libro uno de sus cuadros típicamente extremeños, «La Romería de los Remedios», estampa viva y colorista de la tradicional fiesta que se celebra cada año en Fregenal, en la bella ermita de Nuestra Señora de los Remedios, Patrona de la villa. Es uno de esos cuadros a los que encaja de manera perfecta este co-

mentario, publicado en una de las gacetillas de prensa con motivo de la muerte del pintor:

«Retratista excepcional, Hermoso reflejó a Extremadura con su paleta, universalizando sus tipos humanos y el encanto del campo extremeño, con tanta fidelidad, delicadeza y sencillez que bien puede considerársele como auténtico intérprete de esta región.»

No hay duda de que fue auténtico intérprete de lo extremeño, al mismo tiempo que era, en la calidad, continuador de la gloriosa tradición pictórica extremeña que iniciaran el divino Morales y Zurbarán, en el campo místico.

No volví a coincidir con Hermoso después de aquella entrevista. Bajo la nieve salí aquel día de su casa, y bajo la nieve fui a su entierro. Aquella mañana me enteré por la prensa de su muerte. A la una de la tarde del 2 de Febrero, se sintió repentinamente enfermo y lo trasladaron a la Clínica de la Concepción, en donde dejó de existir seis horas después. El cadáver fue llevado a la Academia de Bellas Artes, como ya dije. Allí estaba también su hija Rosario, la compañera inseparable del insigne artista.

—Gracias, Canilleros —me dijo ella, al acercarme a testimoniarle mi dolor—. Lo hemos perdido para siempre.

La mutua emoción cortó todo comentario. Luces y colores de sol, de cielo y de campo de Extremadura, con risas alegres de mozas y mozos extremeños, bullían en mí, evocando sus luminosos cuadros, para suavizar mi pena, al despedirme de Eugenio Hermoso en aquella tarde gris, bajo la nieve...

Editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres, acaba de aparecer la obra:

«Siete ensayos sobre el Romanlicismo español»

por PEDRO ROMERO MENDOZA

Premio Cartagena de la R. Academia Española

TOMO II

Anotada e ilustrada

Pedidos al autor: Antonio Hurtado, 4 - Cáceres, a Servicios Culturales o a la Revista «ALCÁNTARA»